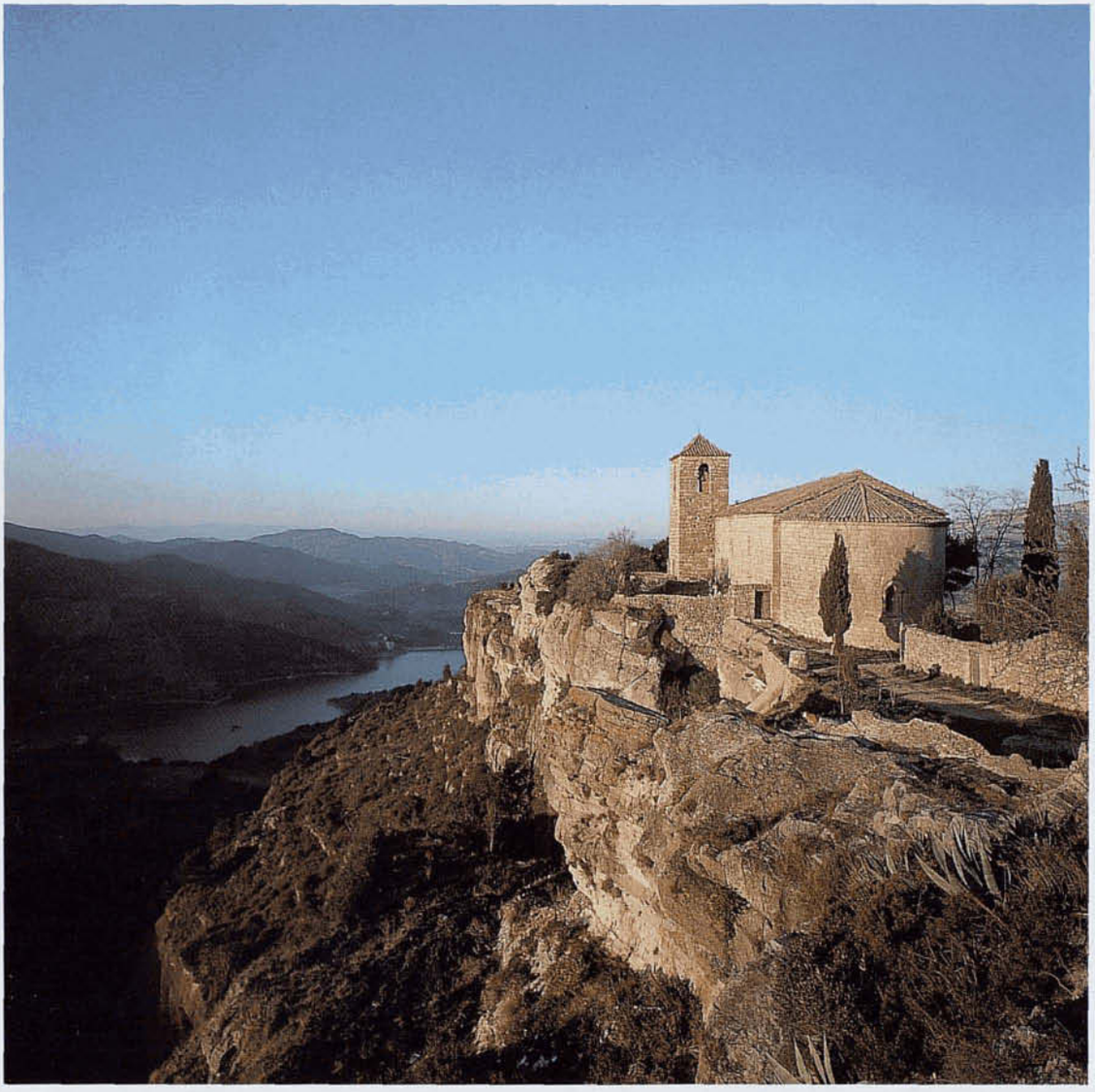
© ELOI BONJOCH

VILLA DE SIURANA (PRIORATO)

PRADES, MONTAÑAS COLORADAS A ORILLAS DE UN MAR AZUL

LAS MONTAÑAS DE PRADES TIENEN CARACTERÍSTICAS FÍSICAS MÁS PROPIAS DEL PREPIRINEO QUE DE LA CORDILLERA LITORAL, Y ESO PUEDE DARNOS LA SENSACIÓN DE QUE EL MAR SE ENCUENTRA A CIENTOS DE KILÓMETROS CUANDO, EN REALIDAD, EL MEDITERRÁNEO ESTÁ AL LADO, CASI A TIRO DE PIEDRA.

JOSEP BARGALLÓ I VALLS ESCRITOR



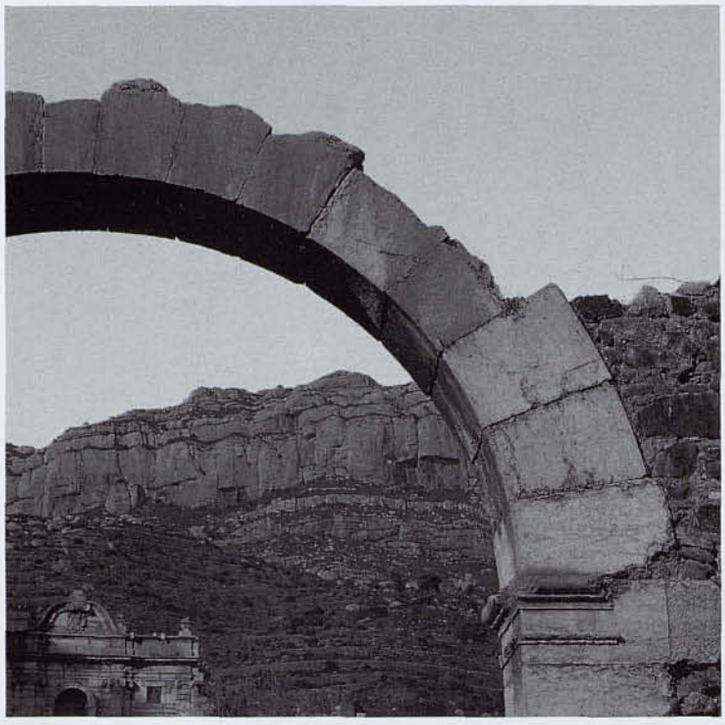
© ELOI BONJOCH

VILLA DE SIURANA (PRIORATO)

Cataluña es, sin duda alguna, un país pequeño. Una de las cosas que la hacen más atractiva, sin embargo, es la combinación de esta pequeñez con la gran variedad geográfica que presenta. Llanuras, ríos, montañas, valles y zona costera conviven en una armonía sugerente y, a menudo, impresionante. Las montañas de Prades son un claro ejemplo: con características físicas más propias de los pre-Pirineos que de la Cordillera Litoral, pueden darnos la sensación de que el mar se encuentra a cientos de kilómetros cuando, en realidad, el Mediterráneo está al lado, casi a tiro de piedra.

Podemos situarnos, por ejemplo, en Salou, uno de esos emporios turísticos internacionales que han ido surgiendo en la costa catalana, y donde nada recuerda aquella playa medieval que vio salir la escuadra de naves del rey Jaime en dirección a Mallorca, a expulsar a los árabes y conquistar las islas para la corona catalano-aragonesa. De Salou, equidistante de Tarragona y de Reus, podemos tomar la autovía hacia esta última ciudad. Enfilamos entonces la carretera de Falset y, al cabo de poco, torcemos hacia Les Borges del Camp y Alforja. De repente, la carretera, que ha discurrido rectilíneamente por el llano, sube, serpentea y serpentea y, sin que haya transcurrido demasiado tiempo, nos aboca a un paisaje plenamente montañoso: el macizo del Montsant y la sierra de Prades. Pasaremos Cornudella del Montsant y, a la altura de la pequeña Albarca, nos desviaremos hacia Prades. Apenas tres cuartos de hora después de haber salido de Salou –habremos ido sin muchas prisas, entre otras razones porque, a partir de les Borges y Alforja, la carretera no es demasiado recomendable para las altas velocidades–, ya podremos pisar la plaza porticada de Prades.

Habremos llegado al punto más alto del llamado Camp de Tarragona, antes todo llanura y montañas llenas de bosques, unos bosques reducidos, desde hace ya bastantes centurias, a este trasfondo montañoso que rodea al llano del Camp: Prades, Llaberia, Alforja, el Montsant, la Llena, la Mussara, Colldejou,... Un paisaje boscoso cambiante que, dice el tópico, tiene su mejor momento en otoño, época de setas. Cataluña, país ampliamente micófilo, tiene, en esos bosques, uno de sus espacios más ricos en níscalos y otras especies.



CARTUJA DE SCALA DEI (PRIORATO)

MONASTERIO DE POBLET (CONCA DE BARBERÀ)

© ELOI BONJOCH

El bosque de Prades es de pino silvestre y roble, con gayuba en algunos lugares. La villa –situada a 1.000 metros de altitud– tiene poco más de quinientos habitantes, que viven en casas construidas con la piedra encarnada característica de la zona, contrastando con su entorno de una manera peculiar y que sorprende vivamente a quien la visita por vez primera. Son casas de dos o tres pisos que configuran, intramuros, calles pequeñas y estrechas, con la gran abertura de la plaza de la Iglesia, también de piedra encarnada, totalmente porticada y con la singular fuente en su centro, de la que siemrpe mana agua fresca y pura, salvo un día al año, en el que mana cava, como centro de una fiesta que altera la eterna tranquilidad de la villa. A sus habitantes, en épocas de vacaciones y durante los fines de semana, se suma una pequeña colonia de forasteros, que viven en casas del pueblo o en las pocas urbanizaciones que se han edificado a su alrededor, con la suerte y el suficiente cuidado de no haber estropeado ni el paisaje ni el entorno. Desde hace muy pocos meses, hay allí un cámping, no demasiado lejos, en buenas condiciones, y con una piscina de agua fría segura. En Prades, por la noche hace fresco incluso en el agosto más caluroso. En invierno, huelga decirlo, la nieve está asegurada.

Si usted no es de esos turistas de Salou –o de cualquier otro lugar– que hacen una breve excursión matutina o vespertina, o a lo sumo de un día entero, y puede pasar allí la noche, tendrá una sensación de paz absoluta, podrá estar un largo rato –quizás envuelto en un fino jersey– sentado en la terraza de algún bar de la plaza, viendo pasar el tiempo. Quizás incluso entienda alguna de las muchas leyendas que se han generado entorno a estas piedras. Prades es tierra de ermitas y de mucha historia, de miel y de hierbas medicinales, de bandoleros y de luchas, hace cien años, entre absolutistas y liberales, es país de muchas leyendas, narraciones populares que se contaban junto al fuego.

Prades es, también, el centro de todo un mundo de pueblos pequeños, ricos en tradición, dominados por ese paisaje casi pirenaico, en ciertos casos selvático, en otros adusto. Unos pueblos pequeños pero dotados de una riqueza tan inmensa que el geógrafo Josep Iglésies no dudó en llamarlos "Les ciutats del món" y dedicarles un exquisito libro. Capafonts, Farena, La Febró, Siurana, Arbolí, La Mussara –ya deshabitado y sede de un conocido refugio de montaña–, Montral, Poboleda, La Morera de Montsant, Scala Dei,... Saliendo de Prades por cualquiera de las tres angostas carreteras que llegan allí, puede dirigirse a alguno de esos núcleos. Le podría recomendar varios. En primer lugar Siurana, un conjunto de poquísimas casas situadas justo encima de la gran sima del barranco de Prades. Con un acceso no demasiado fácil –desde Prades o desde Cornudella– y rodeada de altos precipicios por tres de sus lados, Siurana se alza majestuosa y tiene, debajo, el embalse del río que lleva su nombre. Siurana, que tiene, vista desde el cielo, una evidente forma de sartén, fue –y es– tan inexpugnable que los árabes resistieron en ella bastante tiempo. En realidad, las montañas de Prades, con Siurana como bastión, fueron reconquistadas por los cristianos tardíamente. Antes tuvieron tiempo de llegar hasta Tortosa y toda la línea del río Ebro, hasta Lérida. Las últimas acometidas cristianas dieron pie a una de las leyendas más conocidas de la zona, la de Abd-al-azia, la reina mora de Siurana.

En segundo lugar Scala Dei. Si vuelve de Prades a Cornudella y deja, al salir de es-

© ELOI BONJOCH

CARTUJA DE SCALA DEI (PRIORATO)

ta población, la carretera que le devolvería a Reus, torciendo a la derecha se adentrará en el Priorato, una comarca conocida por la fuerza y la calidad de sus vinos, especialmente los tintos. Una comarca dura y difícil, muy calurosa en verano y fría en invierno, repleta de viñedos y de bodegas cooperativas, muchas de ellas levantadas por importantes arquitectos modernistas, compañeros o discípulos de Gaudí. A la entrada del Priorato, al pie del macizo del Montsant –rebosante de cuevas y de ermitas–, muy pronto encontrará Scala Dei. Con este nombre de fuertes reminiscencias medievales, Scala Dei le ofrece dos cosas agradablemente compatibles. No es que sea un pueblo, Scala Dei es la simbiosis perfecta de la comarca: unas bodegas que podrá visitar y donde puede adquirir algunos de los mejores vinos de la zona, y las ruinas de la cartuja. La cartuja prioral de Scala Dei, que da nombre a la comarca, que un día fue rica y esplendorosa, le recibirá, después de un paseo muy breve a pie, derrumbada y todavía imponente.

Si sale de Prades hacia el lado opuesto, hacia Vilanova de Prades y Vimbodí, después de bajar por una carretera que se adentra en la espesura, se dirigirá a Poblet, un magnífico cenobio cisterciense que, con siglos de historia sobre sus piedras, todavía es habitado por una de las comunidades religiosas más conocidas y respetadas de Cataluña. Los frailes de Poblet son sinónimo de trabajo agrícola –también poseen viñedos, por supuesto– y de trabajo intelectual, de recogimiento interior y de apertura a la sociedad. Poblet, además de una magna arquitectura que se recorta en las montañas de Prades –a su espalda–, abre la visión a la Conca de Barberà, otra comarca rica en tradición y, al mismo tiempo, recluida por esta geografía tan sorprendente y mutante, y alberga el mausoleo de los condes-reyes catalanes medievales. Una de las tumbas más visitadas y reproducidas es, justamente, la de Jaime I, aquel rey que conquistó toda Valencia y que un buen día zarpó de las playas de Salou.

Como decía Josep Iglésies, son "las ciudades del mundo". El aglutinante de un mundo rural, montañoso, que sobrevive con dificultades –la crisis del campesinado es cada vez más dura y la gente joven se va a las ciudades–, que se encuentra justo al lado de las industrias de Reus y Tarragona, de las turísticas poblaciones mediterráneas –Calafell, Torredembarra, Salou, Cambrils, Hospitalet,...–, pero que parece estar a años y kilómetros de distancia de ellas. Y, en medio de este mundo, mito entre los mitos de esta ruralidad añorada: Prades, la ciudad colorada, orgullosa y cálida. Cálida a pesar de la meteorología, la frescura de sus aguas, el duro contraste de su vegetación y sus construcciones. Prades, villa colorada, sede de antiguos condes, inspiradora de poetas y narradores. Si quiere captar su majestuoso esplendor puedo darle un consejo, aunque no sea demasiado fácil de seguir. Si puede ir en helicóptero o pasar en avioneta, nada hay como, tras sobrevolar sus bosques, acercarse hasta Siurana –y acaso ver el perfil de nariz aguileña, barba de cangrejo, que se dibuja en la esquina de uno de los bordes del risco donde se encarama, según una leyenda, la cara de un judío medieval hecha de piedra– y, después, en un momento, dar el salto por encima de las montañas hacia Reus. En cuestión de segundos, dejará de volar a ras del bosque y, de repente, lo estará haciendo alto, muy alto, sobre la llanura del Camp. Salou estará allí mismo, ya se lo decía, al lado. Claro que, si no puede hacerlo volando, también puede llegar a este impresionante y adusto lugar a pie. ■